

# Cuando se rompa el suelo

Elena Ballvé



# Cuando se rompa el suelo

Elena Ballvé

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Elena Ballvé Martín, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid  
[lunwerg@lunwerg.com](mailto:lunwerg@lunwerg.com)  
[www.lunwerg.com](http://www.lunwerg.com)  
[www.instagram.com/lunwerg](https://www.instagram.com/lunwerg)  
[www.facebook.com/lunwerg](https://www.facebook.com/lunwerg)  
[www.twitter.com/Lunwerglibros](https://www.twitter.com/Lunwerglibros)

Primera edición: junio de 2024  
Depósito legal: B. 5.625-2024  
ISBN: 978-84-19875-82-2  
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio  
*Printed in Spain* – Impreso en España



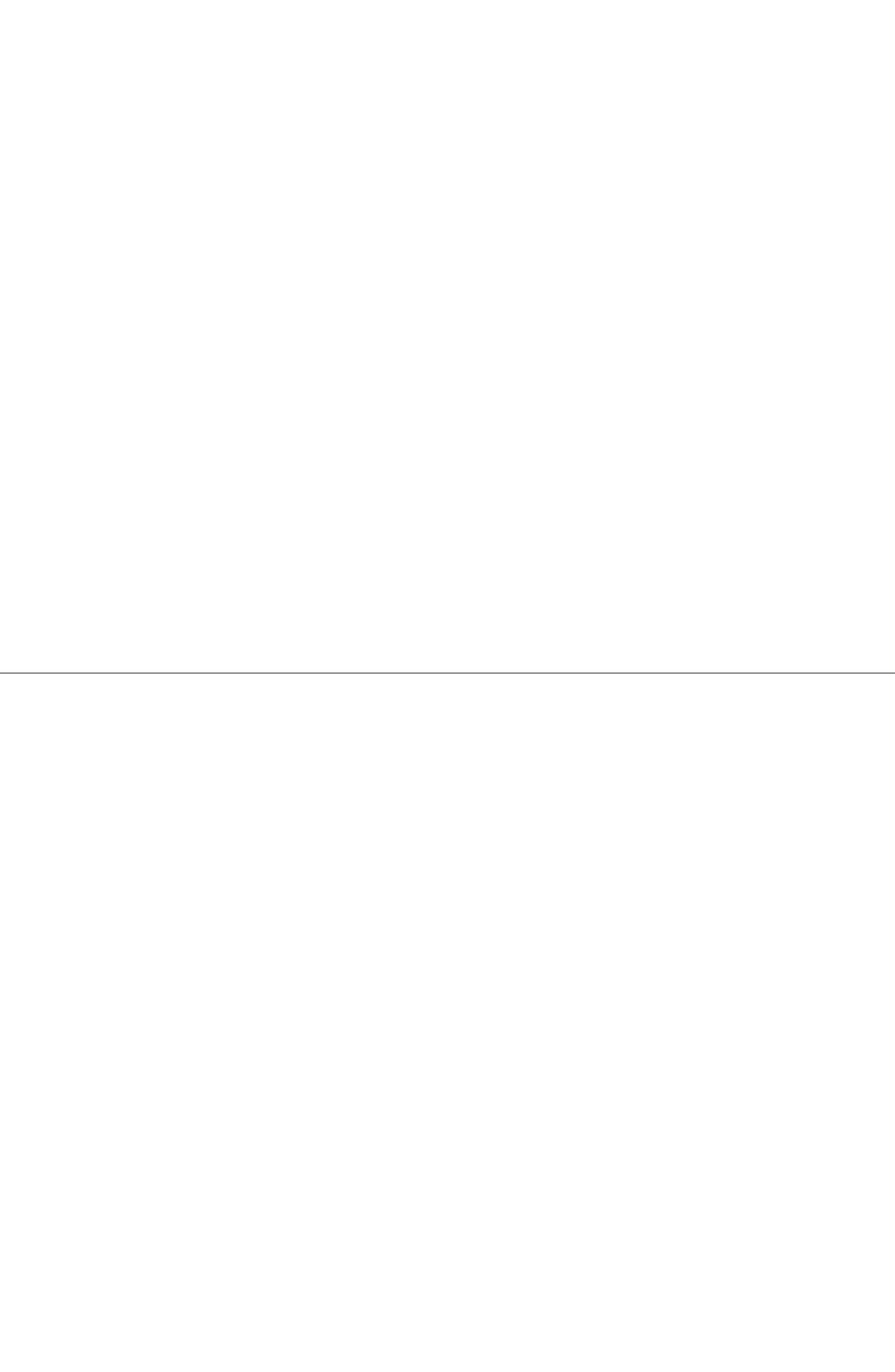
# SUMARIO

Verano, 7

Otoño, 55

Invierno, 103

Primavera, 173



VERANO

---

No tengo miedo a las arañas, es otra cosa. No tengo miedo al año, ni a mi piel, ni al verano, ni al andamio que tengo enfrente.

Es más como un silencio seguido de un pitido. Pero un pitido muy agudo, de esos que solo pueden oír algunas personas. Un sonido que al principio es muy pequeño, casi imperceptible, pero que con el tiempo crece y crece hasta comerse la conversación, la avenida, la gente de mi alrededor y, al final, los sonidos de toda Barcelona.

Si esto fuese una película, reventaría los oídos de quienes la vieran y los arrancaría del cine para dejarme descontextualizada en la pantalla en un primer plano. Sola sin fondo, sin voz y sin miedo. No es miedo. No le tengo miedo al instante en el que Àlex, sentado a mi lado, repite que no sabe nada.

Hace rato que busca formas menos terribles de decir, otra vez, exactamente lo mismo. O tengo esa sensación, porque ya no estoy escuchando. Intenta llamar mi atención pronunciando mi nombre una vez por minuto. Entonces levanto la mirada del suelo y la poso en su cara, pero luego la bajo de nuevo hacia el asfalto y su voz vuelve a sonar lejos, como si yo estuviera encerrada en un cuarto y él fuera intentando sacarme.

Son alrededor de las ocho y media de la tarde y llevamos sentados en ese banco unas dos horas. Si hubiera sabido que íbamos a tener la conversación que estamos teniendo, habría

elegido un sitio más bonito, más melancólico y recogido. Un lugar privado que me reconfortase un poco. Como no lo sabía, he agarrado a Àlex de la mano y lo he llevado a un banco sucio, feo y situado frente a un andamio lleno de hombres que gritan.

Cada vez que pasa una persona por delante de nosotros la observo con atención y deseo muy fuerte ser ella. Estar en otro cuerpo viviendo otro presente. Muchas veces me miran de vuelta y les pido en silencio que pasen de largo rápido; nadie debería poder vernos así. Pero sigo buscando sus ojos y, cuando los encuentro, aguanto la mirada hasta que la otra persona la aparta, no sin antes mirar a Àlex.

En la última hora no me he movido ni un centímetro. Estoy así desde que la conversación ha derivado de los planes de verano que haremos juntos a un posible futuro sin esos planes. Me he quedado encogida, con las piernas pegadas con tanta fuerza al pecho que me duelen las ingles. Pero no me atrevo a cambiar de postura, como si al hacerlo fuera a aceptar lo que Àlex ha dicho y que ya es el después de que me haya confesado que duda de nosotros, de mí, que no sabe qué hacer con ello, ni de dónde viene.

Cuando él pone las manos sobre las mías veo que me estoy clavando las uñas en la piel de las rodillas. Se han quedado rojas, hinchadas y con cuatro medias lunas marcadas de forma profunda en cada una de ellas.

—Abril.

Vuelvo a levantar la vista del asfalto, poco a poco. Recorro con la mirada sus bambas gastadas y sus piernas peludas, subo hacia sus bermudas negras y me detengo un segundo en su camiseta, que lleva la portada de *Settle* de Disclosure estampada. Me quedo mirando sus labios mientras dicen:

—Para, te vas a hacer daño.



Cada vez que termina la primavera tengo la sensación de que el verano va a ser el mejor momento del año, pero luego quema y molesta. Imagino algo que después no es, me pasa con muchas cosas. Con la tarde, con el banco delante del andamio, con volver a casa.

Entro en un piso que podría ser el de otra familia. No queda nada de la luz que había cuando he salido, y eso que las tardes de junio son muy largas. Acompaño la puerta a su cierre muy tranquila para no asustar a nadie, aunque estoy sola.

Paso por todas las habitaciones con los ojos muy abiertos, buscando algo que no sé qué es. La última es la cocina. Me quedo parada en la puerta, hasta que la recorro tirándome del pelo mil veces, siempre con cierta prisa por empezar de nuevo: mesa, puerta, nevera, los dedos hundidos en el pelo.

En un punto me acuerdo de que debería cenar. En los estantes de la nevera hay dos yogures, un táper de arroz medio vacío y la cena que había comprado para Àlex y para mí cuando pensaba que sería un día bonito. Me lo pienso un poco, pero termino cogiendo las sobras de arroz. Las meto en el microondas, el táper empieza a dar vueltas y me miro en el reflejo de la puerta. Me sonrío porque me da la sensación de que así estaré mejor.

La sonrisa resulta ser como la tarde, el banco y el piso. Pita el microondas, el plato deja de girar y yo, de sonreír.

Siento algo similar a un hipo de aquellos que duelen, como una punzada de aire atravesado. Agua, pienso que solo necesito agua: cojo un vaso muy grande y lo lleno tan hasta arriba que rebosa. No me da tiempo a beber, se me resbala y cae. Muchos pedazos de cristal corren por el suelo para alejarse de mí.

Creo que me fallan las piernas, me deslizo hasta que las rodillas tocan las baldosas y el contacto con la piel escuece. Curvo la espalda y me convierto en una bola de carne rodeada de trozos de cristal.

Si no me muevo, no me corto. Sé que los minutos pasan porque el microondas sigue pitando.

No sé qué hora es cuando recojo rápido el vaso. Intento no hacerme daño, pero se me clava un cristal diminuto en la yema de un dedo. Es un trozo tan pequeño que no lo encuentro, solo lo siento atravesarme la piel.

Después me castañean los dientes a veinticinco grados de temperatura y me duelen los músculos sin estar enferma. Deambulo por la casa hablando sola, inventando hipótesis, haciéndome preguntas. Busco en internet tonterías de las que no sé nada: cuánto rato seguido se puede llegar a sufrir, si se pueden parar los cambios, cómo dormir sin soñar. Las respuestas son siempre ambiguas.

Leo algo sobre pastillas: voy al baño y acumulo unas cuantas. Meto la cabeza debajo del fregadero. El chorro me entra por la nariz, me cae por la cara, me moja el pelo. Me trago dos.

Enseguida oigo que abren la puerta de casa y me las llevo a mi cuarto; dejo que se me fundan en la palma de la mano mientras me hundo en la cama. Me esfuerzo en no ser yo, en imaginar estar en otra parte hasta conseguir creérmelo. Pienso que ni ha pasado, ni pasa, ni pasará nada. Que todo está bien. Lo pienso tanto que por un momento se me olvida el presente y quién soy, me tranquilizo.

Pero alguien dice mi nombre. Son mis padres al otro lado de la puerta de mi cuarto, que susurran:

—Si no contesta es que está durmiendo.

No consigo dormirme hasta muy tarde y me despierto cada cuarenta y cinco minutos, más o menos. Por la mañana, me repito la conversación con Àlex tantas veces que al final no sé si es real o si la he imaginado. Me encallo en leer conversaciones antiguas de WhatsApp, como si en lo dicho por escrito pudiera ver nuestro pasado y entenderlo mejor. Con el paso de las horas me sumerjo en palabras que ya no existen, de manera que, al oír la puerta de la habitación abriéndose, me asusto.

—Cómo te escaqueas de ayudar. —Es mi madre—. Ya está la comida.

Dejo ir un sonido neutro entonces y cuando me pregunta si me pasa algo. Ante mi silencio, añade:

—Cuando te vayas a Riga ya me echarás de menos.

Solo entonces me incorporo y contesto.

—Si a ti te ayuda pensarlo...

Como con mis padres de forma automática y paso la tarde en casa intentando esquivar el calor, pero el verano es cruel porque se cuele en todas partes: en el sofá, en mi cuerpo, en mi cama. Busco fotos de Letonia para encontrar un invierno que no conozco. Leo foros de estudiantes Erasmus y otras webs poco fiables para hacerme una idea de cómo es y así alejarme de la noche anterior.

Pongo en duda los planes de invierno con Àlex igual que hizo él con los de verano. Construyo una Riga ficticia en

mi cabeza y lo meto en ella sin saber si realmente vendrá a verme cuando me vaya en enero, si me irá bien irme, si irse es solo coger un avión o si puede una alejarse sin haberse ido. Imagino muchas versiones de los meses siguientes, unas son más feas que otras.

Para cuando se hace de noche he estado en tantos eneros que me mareo, pero echo la culpa al calor.